

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 18 de Febrero de 1926

CATECISMO DE LA OBRERA

— POR —

ATTILIO BRUSCHETTI

VI

En la primera mitad del siglo, pasado, el célebre novelista francés Eugenio Sue escribió la en un tiempo famosa obra «Los Siete Pecados Capitales», en que describe magistralmente las desdichas que acarrea los grandes vicios, las grandes pasiones y los grandes desvíos de la eterna ley moral.

La novela de Sue había caído en olvido, pero el cinematógrafo le dió nueva vida, y sobre la pantalla se han visto reproducidas las escenas que imaginó el fecundo escritor.

Esos pecados, procedentes todos del más brutal egoísmo, son de consecuencias desastrosas, lo sabemos, pero debemos considerarlos en todas sus gradaciones. Permíteme que haga de ellos una sucinta reseña.

El primero es la soberbia, el más temible, porque a quien se imagina superior a los demás, le ciega de tal modo el afán de dominio, que lo mueve a perjudicar al prójimo con vejaciones injustas y crueles y con palabras que lo deprimen y envilecen. La persona dominante y orgullosa se hace antipática, a todos, y arriesga despertar deseos de venganza en los demás, ocasionando su perversión. Es un veneno muy sutil, del que todos tenemos un poco, aunque no se ha de confundir con la propia estimación ni con la dignidad, que son virtudes loables mientras no transpongan su límite.

¿No conoces tú familias en que la mujer dominante y orgullosa subyuga a todos, empezando por el pobre marido, que es relegado a un rincón de la casa como perro sarnoso? En vez de ser duros y malvados, seamos amorosos y no queramos tener siempre la sartén por el mango. Reconozcamos en los demás el mismo derecho que tenemos nosotros, cada cual en su categoría, y así veremos que no siempre tenemos razón y se esclarecerá el horizonte de nuestra vida.

¿Qué te parece del avaro? Despreciable persona capaz de cualquiera baja, de cualquier crimen, de cualquiera injusticia para amontonar dinero. Hasta cierto punto, también es avaro el tendero que merma el peso, que sofisticar los comestibles a riesgo de ocasionar enfermedades y acaso envenenamientos insospechados, sólo por llenarse el bolsillo. La avaricia convierte a los hombres en ladrones y asesinos. Y lo peor del caso es que casi nunca dan con sus huesos en la cárcel, porque sobornando con un puñado de monedas a unos y otros, salen siempre en bien de todo. Quienes de ellos reciben dinero y encubren sus fechorías, también son avaros dignos del mismo castigo, por su asqueroso apego al dinero.

Me habló días atrás un amigo, muy bien enterado, de una fábrica de chorizos que subvenciona al veterinario con

cinco duros por cada res vacuna muerta que permite entrar en ella. ¡Todos ladrones por avaricia y, además, envenenadores! ¿Qué te parece la avaricia? Piénsalo bien y verás que por ella abundan en el mundo los malvados y la corrupción todo lo domina. El que tiene dinero sabe que lo podrá comprar todo, hasta las conciencias, contando con la avaricia de los que embolsan la moneda, de la cual demuestran ser despreciables esclavos.

No confundas la avaricia con la justa economía, que regula la administración de la casa. Debes mantenerte siempre en el justo medio: ni avaricia ni prodigalidad.

¡Fíjate ahora en el lujurioso! Todo lo derrocha, hasta la salud, por disfrutar del goce sensual, y corrompe a las mujeres que considera brutalmente como instrumentos de placer. No las considera como almas, sino como cuerpos en los cuales satisfacer sus torpes deseos. Y después... les vuelve la espalda. Para él, los órganos que la naturaleza nos dió para procrear seres como nosotros, hechos a imagen de Dios, o sea con un espíritu divino, no sirven más que para el deleite brutal. Si por lo menos tomasen ejemplo de la mayoría de los animales, verían que éstos, guiados por el instinto, son comidos y sólo se sirven de esos órganos para la procreación. ¡Cuántas enfermedades, cuánta miseria, cuántas desdichas acarrea ese vicio, que no puede corregirse más que fomentando pensamientos puros y elevados, que hagan del hombre y de la mujer seres fuertes, robustos y dueños, nunca esclavos, de las pasiones bestiales y perturbadoras del cuerpo y del alma!

Hoy el cine, el teatro, la novela son desmoralizadores. Sería preciso emprender una campaña sana y noble en este sentido. Si el público se retrajera de los lugares donde se ofenden las buenas costumbres, y si no comprara novelas inmorales que excitan las pasiones brutales, los escritores cambiarían de rumbo. ¡Busquemos siempre lo que nos eleva, no lo que nos embrutece!

¿Te has fijado alguna vez en las personas que se encolerizan, y como suele decirse, pierden los estribos? Ahí tienes la ira. Esos desgraciados no saben lo que hacen. Congestionados, con los ojos fuera de las órbitas, con ademanes salvajes, necesitarían, en aquellos momentos, que una máquina fotográfica les sacara el retrato y una placa fonográfica registrara sus palabras. Ciertamente, cuando estuvieran tranquilos, no se reconocerían en el retrato ni crearían haber pronunciado las palabras que el fonógrafo repitiera. ¿Pero crees tú que a nosotros no nos pasa lo mismo? ¿Estamos seguros de no dejarnos vencer por la ira? ¿No nos irritamos a cada momento, perdiendo la paciencia? Es preciso, pues, ser pacientes. ¡Esforcémonos en lograr esta preciosa virtud!

Hay personas que viven para comer, que a cada momento se les hace la boca agua pensando en ciertos platos, y que parecen vivir en el mundo para lle-

nar el buche, pensando siempre en el deleite del paladar. Bombones, confites, dulces a cada momento, bebidas sin necesidad, licores, que tanto perjudican al vicioso; ¿por qué tanta cosa que no necesitamos? Únicamente para dar gusto al paladar en perjuicio de la salud. Sí, debemos comer con templanza y beber lo necesario; lo demás es gula, y tú sabes cuán horrorosa es la borrachera, de cuántos males es causa, y las enfermedades que acarrea la glotonería.

La envidia, como la ira, envenena la sangre, según ha probado experimentalmente la ciencia, que demuestra que la sangre del envidioso está intoxicada. La persona envidiosa lleva en sí el castigo de su horrible pecado: No tiene nunca paz; tiene en su interior un cáncer que le corroerá el alma. ¡Tan poco costaría alegrarse del bien ajeno!

El último de los pecados capitales es la pereza. Es un pecado muy común, y todos lo tenemos en mayor o menor escala. No cumplimos nuestros deberes por pereza; no somos diligentes; no llevamos el aseo corporal y moral con la escrupulosidad debida; no ayudamos al prójimo, ni siquiera cuidamos debidamente de nuestra salud. Por Dios, hermana, corrijámonos de este feo pecado. Estemos siempre alerta exclamemos: «¡Animo; cumplamos nuestro deber alegremente, que la alegría hace buena sangre y nos da la salud del cuerpo y del alma.



Vestido con la parte alta toda respunteada, sobre un fourreau de satén negro

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Febrero de 1926.

¿Evolucionarán las tendencias actuales?

La Moda no sería tal si permaneciese siempre firme en sus posiciones. La versatilidad de la moda constituye acaso su gran virtud, ya que de otro modo no tendrían razón de ser

las investigaciones que realizan con ahínco notables modistos y modelistas que tratan siempre de hallar algo nuevo, no obstante estar penetradas de la verdad, tan antigua como el mundo, de que la novedad no existe en un terreno absoluto.

Hay que confesar que el esfuerzo mental de los creadores es meritorio y penoso. En ninguna esfera como en la de la moda se halla más justificado aquello de «renovarse o morir». Una casa de alta costura que no se signifique por su afán de buscar cosas nuevas, formas y detalles inéditos, tiene sus días contados, porque la moda, que tolera e incluso ampara las audacias más desconcertantes, no permite ni el amaneramiento ni la rutina.

Nos encontramos ahora en una de esas épocas del año que son verdaderamente decisivas en cuestión de indumentaria femenina. La moda primaveral prepara ya su salida estrepitosa y la de invierno empieza a transigir con las nuevas tendencias. Las mujeres todas, sin excepción, se preguntan qué sorpresa les reservará la llegada de la primavera. Se advertirá en los modelos algo muy nuevo, o por el contrario la novedad más nominal que real se limitará sólo a la modificación de los pequeños detalles? Se rumorean mil cosas distintas y contradictorias; pero la especie más fundada parece ser la que proclama que en cierto modo se desanda lo andado y que volvemos al pasado, a un pasado relativamente próximo, ya que se trata de la línea recta de la que nos apartamos a fines de verano. Después de unos meses de destierro, la línea recta ha reaparecido primero tímidamente, y después con mayor autoridad.

Los godets y los fourreaux sostienen en estos instantes una encarnizada y descomunal batalla. Siempre resultan aventurados los pronósticos y muchísimo más en materia de moda; pero no creemos que los godets resulten vencedores de la pugna.

Se reprocha a los godets que se han hecho ya muy vulgares; más qué innovación no acaba por caer en el dominio de lo cotidiano? La verdad hay que buscarla en el hecho de que tal disposición e indumentaria no ha conquistado plenamente la simpatía de las mujeres, contrariamente a lo que se creía en un principio.

Durante la temporada que va a expirar hemos podido observar que la holgura inicial, que parecía iba a durar, se ha ido atenuando, disimulando y en último término casi ha desaparecido limitándose a algunos efectos de plisados. O lo que es lo mismo la línea curva empieza a ser vencida por la línea recta. Los godets van desapareciendo poco a poco, y los que aún se ven son de una extremada distinción y distan un abismo de los que lanzaron en un principio las casas importantes de la Rue de la Paix y de los Campos Elíseos.

Este cambio es harto sistemático y viene a demostrar que la mujer no acepta resignadamente aquellas creaciones que no le placen y que antes bien ejerce presión para que desaparezcan, cosa que casi siempre lo consigue.

¿No habíamos quedado en que los modistos son los que imponen la moda? Sí, pero a condición de que las mujeres no dispongan lo contrario...

El vestido abrigo

Las previsiones de los meteorólogos anunciaban un invierno en extremo crudo. La segunda quincena de Enero, sin embargo, ha venido a desmentir los augurios de los que se consagran a leer el porvenir atmosférico en el cambiante firmamento.

La primavera nos ha recordado tímidamente todavía, es verdad, que en el orden cronológico sigue el invierno y que no tardará en visitarnos. Hemos tenido una semana de cielo bastante azul y de temperatura relativamente benigna.

Los abrigos invernales empiezan a pesarnos demasiado y las pieles parecen fuera de lugar. Van a surgir de un momento a otro los modelos de primavera.

Pero hasta que este hecho se produzca hay

que recurrir a las prendas de transición y principalmente al vestido abrigo. El vestido-abrigo, que representa una fusión feliz de dos prendas en una, es indispensable en el ropero de toda mujer elegante. Las personas de buen gusto se preocupan de las prendas de transición tanto como de las de temporadas; en otra forma no es posible estar a tono con los cánones de la moda.



Manteau en paño verde almendra, adornado con puntas de paño color habano, puestas sobre un galón de seda habana más oscura

¿Por qué la galantería ha de ir hacia su ocaso?

A pesar de la mil veces bendita transformación en la vida de la mujer, desde unos años a esta parte, en su fondo aquella continúa siendo tan mujer como antaño. No falta quien dice que nos vamos igualando a los hombres; ¡ah!, eso no, señor; ¿que nos masculinizamos al vestir? ¡bah!, ya pasará pronto; tiene la culpa esa señora caprichosa que se llama la Moda. ¿Qué vamos a hacer, si ella lo quiere? Mas no por eso tienen que lamentarse los señores que lloran por lo que se va; muy pronto nos verán otra vez femeninas por esas calles; cuando nos mostremos por ahí con faldas anchas, gabanes en forma, etc.; seremos las mismas, es decir, la mujer, mujer ante todo, aunque invada cátedras, comercios, el foro, no en franca competencia con el sexo contrario, sino en amigable camaradería; ella será siempre la compañera buena y amable para el hombre, para el suyo, si llega a tenerlo. ¿Que lo pongo en duda? Naturalmente, sois vosotros, hombres, los que pregonáis el exceso de mujeres. ¿No decís que salías a siete por cada uno? Pues ¿qué han de hacer las restantes? Es más razonable que, en lugar de pasar nuestra vida sin más afán que conseguir un ejemplar, con la agravante que le puede salir a una en rústica, nos ennoblezcamos con el trabajo; esto es más moral y más práctico; si llega la hora de ser esposa y madre sabemos serlo ante todo. No, por Dios Santo! No nos lamentemos por lo que desaparece; es preferible levantar nuestra voz para hacer desear errores respecto a lo que está llegando, que, bien entendido, es el ideal. La diferencia esencial entre un sexo y otro siempre existirá; las ventajas que por ley natural tiene el hombre sobre la mujer, también; la galantería en el varón, anexa a su educación va; los hombres sensatos, que no ven en la mujer su competidora, sino su atrayente y buena camarada; no pueden prescindir en absoluto de la

galantería, tradicional en todo español. La prueba es que no todos la destierran; en realidad, los que tal hacen, si son francos consigo mismos, dirán que, como les resulta más cómodo, aceptan esa indiferencia ante la mujer que en un tranvía, a su lado va en pie, mientras ellos continúan en su asiento (pongamos esto por caso), y para no pasar por groseros se amparan en la igualdad que, según dicen, hoy día existe entre ellos y ellas. Pues, eso no; la mujer en sociedad, siempre será como el niño mimado de la casa, dispuesto en todo momento a que se le atienda, a que alaben sus encantos y le defiendan, sin perjuicio de que se sepa defender por sí sola. Todo esto no lo olvidan los hombres sensatos, buenos y pocos egoístas; poniéndose en la realidad de las cosas, el problema no estriba más que en saber compaginar lo bello de antaño con lo práctico de hoy.

ISABEL FUENTES

PENSAMIENTOS

La perfección de las costumbres consiste en vivir cada día como si fuera el último, sin turbación, sin cobardía y sin disimulo.

Un crítico sólo se forma a fuerza de años, de observación y estudios; un criticador se forma de la noche a la mañana.

Los que están contra el espíritu de crítica, no consideran bien que un hombre de gusto ha recibido veinte heridas antes de hacer una.

Cuando no haya leña se apagará el fuego, y cuando no haya quien sientre cuentos, se acabarán las quimeras.

Nunca debe avergonzarse el hombre de confesar su culpa, porque, al hacer esta confesión, prueba que es más sabio hoy que ayer.

No hay personas que tengan más faltas que las que no pueden sufrirlas en otros.

No durarían tanto las quimeras, si no estuviese la culpa más que de una parte.

El grande depende del pequeño, y el pequeño del grande; el amo, del criado, y el criado, del amo; la mujer, del marido, y el marido, de la mujer; el avaro, de su dinero; el orgulloso, de su locura; el jornalero, de su trabajo; el libertino, del vicio; el hombre honrado, de la estimación pública, y la estimación pública, de su buena conducta. Así, pues, nuestra reputación, nuestra vida y nuestra fortuna, dependen de los demás y de nuestras inclinaciones.

DE TODAS PARTES

Una "miss" valerosa

Es necesario poseer una sangre fría extraordinaria para ejercer la profesión que escogió Miss Partridge, joven inglesa de aspecto modesto y maneras reservadas, apacible de carácter y modosa. Esa miss es ingeniero electricista y es ella la que hace las instalaciones difíciles encaramada por azoteas y tejados.

Hace poco tiempo, en lo alto de un gran hotel en construcción, pasó por un tablón estrechísimo, teniendo a un lado treinta metros de abismo y del otro una corriente de 1.500 voltios. Sea, la muerte cierta al menor desuido.

A veces, con miss Partridge se han dado casos curiosos. Unos transeuntes cuidadosos, viendo encaramada a una mujer haciendo extraordinarios ejercicios acrobáticos en lo alto de un edificio desde donde ella vigilaba la instalación de un anuncio luminoso de alto voltaje, corrieron a dar la voz de alarma. Cuando la electricista bajó, casi cayó en brazos de un «policeman» que se hacía la ilusión de coger al más famoso «cambriolerchat» de Nueva York.

Conociendo admirablemente la electricidad, miss Partridge, hace, sobre su utilización práctica y casera, interesantes conferencias entre auditorios femeninos.

EN EL TOCADOR

LA PITIRIASIS

La pitiriasis es una enfermedad del cuero cabelludo que produce comezón viva y molesta. Se trata de una variedad seca de eczema, que aparece como un polvillo blanco. Se trata de un serio enemigo del cabello, que contribuye a su rápida caída.

La comezón producida por la enfermedad origina el deseo de rascarse, y cuanto más se pasan los dedos por la región afectada, tanto más se siente el prurito y tanto más se aviva el escozor. Así va creciendo el daño y se van seccionando los cabellos, mientras las películas continúan su obra destructora. Para prevenir o aliviar esta enfermedad, se recomienda una loción formada de agua destilada (40 gramos) y amoníaco (10 gotas), que se aplica sobre el cuero cabelludo, una vez al día, al levantarse de la cama.

Debe completarse el tratamiento con fricciones con una solución de bicloruro de mercurio al uno por mil.

Dr. MANNHEIM.

EN UN ALBUM

Créeme, niña, el mundo duda,
lo mismo que dudo yo,
si es lo mejor tu belleza,
o es tu gracia lo mejor.
Blando arrullo o trino de ave
finge el eco de tu voz;
en tus serenas pupilas
su luz la aurora vertió;
y entreabríste, ingénua, el alma
a la dorada ilusión,
como la humilde violeta
se entreabre al beso del sol.
¡Cuán dulce, Amparo, es tu nombre,
y qué hermosa te hizo Dios!
Tu cuerpo tiene armonías
de insuperable valor;
alza tu sola presencia
murmullos de admiración,
y apareces a los ojos
del más frío observador
como divina escultura
que hábil cincel modeló.
Por eso, gentil Amparo,
duda el mundo y dudo yo,
si es lo mejor tu belleza,
o es tu gracia lo mejor;
por eso, oyéndote, evoco
sueños que la edad truncó,
y por eso, al contemplarte
como idílica visión,
exclamo con todo el fuego
del antiguo trovador:
¡Feliz el que logre un día
despeitar tu corazón!
¡Feliz aquel que se eleve
hasta el cielo de tu amor!

RAFAEL VILENA

CONSIDERACIONES SOBRE EL EDREDON

Resulta difícil imaginarse el origen y la evolución de ciertos objetos hoy de uso familiar y cotidiano. Tomamos azúcar en el café, comemos la carne con el tenedor y nos protegemos del frío y de la lluvia por medio de vidrios con perfecta naturalidad... sin pensar que un pasado relativamente no muy lejano el azúcar era un gran lujo, y el uso del tenedor era totalmente desconocido.

Lo mismo pudiéramos decir del edredón que todo el mundo utiliza en nuestro tiempo. Su empleo data sin embargo únicamente de los días de Luis XIV. El historiador Lanzón cuenta que durante su última enfermedad el Rey Sol no conseguía entrar en calor lo cual no deja de ser paradójico.

Uno de los magnates de la corte imaginó fabricarle una especie de saco lleno de plumas de ave. El Rey halló muy de su gusto la inven-

ción e hizo confeccionar varios de aquellos sacos mullidos que habian de llamarse con el tiempo edredones. La palabra edredón, «eder-down» en inglés, sirve para designar lo mismo el fino plumón del pato salvaje y la almohada que se confecciona con dicho plumón.

El creciente consumo de plumón ha dado origen a una nueva y próspera industria que ha adquirido gran desarrollo en las márgenes del río San Lorenzo, en el Canadá, donde se crían millones de «eiders» o patos salvajes que suministran el codiciado plumón. Irlanda es asimismo otro importante centro productor de plumón. Para dar idea de la importancia de la singular industria bastará con consignar que una pequeña isla situada cerca de Irlanda, donde se crían en numerosos criaderos de patos salvajes, vendió el año pasado por valor de 200 000 dólares. Actualmente el plumón de pato salvaje auténtico se cotiza de tres a cuatro dólares la libra inglesa de peso.

CUENTO

LA ETERNA HADA

Niños... ¿queréis que os explique un cuento? Acercaos; dejad que yo vea reflejada en vuestra linda carita la atención y daré comienzo a mi relato:

En tiempos muy remotos la tierra no estaba poblada por seres como nosotros. La habitaban poderosos magos, traviesos geniecillos y unas mujeres hermosísimas llamadas hadas. Los cabellos de estas mujeres tan bellas eran de oro finísimo y sus esculturales cuerpos los cubrían blanquísimas túnicas, cubiertas de perlas y brillantes. Vivían en palacios de cristal y espejos. Ninguna riqueza de nuestros tiempos podría igualarse a la fastuosidad que las rodeaba. Se llamaban unas a otras con nombres graciosos y sugestivos, que demostraban casi siempre las virtudes y cualidades de cada una.

Había entre ellas un hada adorable, rubia, como los reflejos del sol naciente, y con unos bellos ojos, azules como el cielo. Esta hada tan linda, dulce y sencilla no tenía nombre. Y era muy natural. Si las otras hadas se llamaban, la una porque era buena, Bondad; Hermosura otra, porque era bella, ¿qué nombre debían darle a esta hadita gentil que reunía todas las dotes y perfecciones? Por eso la llamaban Sin Nombre.

Durante miles de años vivieron las hadas en la tierra — que en aquellos tiempos era un Paraíso — completamente felices; pero un día el hada Poder las convocó a todas y, una vez reunidas, les habló así:

—Hadas compañeras; por espacio de largos siglos hemos poblado este Edén, pero el fin de nuestro reinado se aproxima. Es preciso que nos retiremos para dar paso a los mortales.

Un murmullo acogió las palabras del hada y muchas voces preguntaron:

—¿Quiénes serán los mortales?

—Los mortales — respondió Poder — serán humanos que poblarán el Universo.

—¿Y serán dichosos como nosotras? — inquirió Sin Nombre.

—No. Los mortales — continuó Poder — no serán felices, porque sufrirán males y miserias y morirán, pero serán seres privilegiados que tendrán alma y podrán aspirar a la eternidad del cielo, cuya entrada comprará con su sangre un Ser Omnipotente llamado Redentor.

—¡Infelices mortales! — exclamó Sin Nombre —. No existiendo nosotras, ¿quién les consolará en sus aflicciones?

—No te entristezcas, Sin Nombre — dijo sonriendo Poder —. Entre los hombres vivirán unos seres pequeñitos, bellos y delicados que se llamarán niños. Ellos, con sus sonrisas y mimos, trocarán la tristeza en alegría. Serán el sol que alumbra al mundo de las generaciones futuras.

—¿Y dejaréis expuestos a tantas penalidades a estas débiles criaturas? ¡No lo permitirás, hada Poder! — decía, exaltándose, Sin Nombre —. No dejéis a los niños sin un hada que cuide de ellos. ¡Dejadme a mi Haced que por cada infante que nazca me reproduzca infinitamente; y así todos los niños tendrán un hada que velará por ellos.

Y Poder accedió a esa ferviente súplica. Ahora, niños... cuando nacéis todos tenéis un hada que sufre y ríe con vosotros. Es Sin Nombre, que a través de los tiempos cumple la misión que le confió Poder, sólo que ya tiene nombre, porque ha encontrado uno que encierra todas las virtudes y bellezas; un nombre que es un poema; se llama ¡MADRE!

CARMEN GALIA

(De Las Noticias, de Barcelona).

Imp. de M. Sitats Rotger. — Mahón